

# **DAVID FOSTER WALLACE**

**El tenis como  
experiencia religiosa**



«La belleza humana de la que hablamos aquí es de un tipo muy concreto; se puede llamar belleza cinética. Su poder y su atractivo son universales. No tiene nada que ver ni con el sexo ni con las normas culturales. Con lo que tiene que ver en realidad es con la reconciliación de los seres humanos con el hecho de tener cuerpo».

David Foster Wallace fue en su juventud un avezado jugador de tenis y durante un tiempo llegó a plantearse incluso la posibilidad de inscribirse en el circuito profesional de su país. No es extraño, por consiguiente, que dedicara al deporte de la raqueta tantos textos a lo largo de su vida. Escritos con la pasión desbordada y el entusiasmo contagioso tan propios de Foster Wallace, en los dos estupendos artículos que reunimos en este volumen, publicados en 1996 y 2006, nos asomamos a los entresijos del US Open, y asistimos a la rivalidad entre Roger Federer y Rafa Nadal, dos tenistas con personalidades y formas de jugar opuestas.

## DEMOCRACIA Y COMERCIO EN EL OPEN DE ESTADOS UNIDOS

Ahora mismo son las 15.30 del 3 de septiembre, el domingo del Fin de Semana del Día del Trabajo, esa festividad que ha llegado a representar el corchete derecho del verano americano. Pero además, el F. de S. del D. del T. siempre cae en medio del Open de Estados Unidos;<sup>[1]</sup> coincide con las rondas tercera y cuarta, la chicha del torneo, el momento de la guerra de trincheras y de los apellidos largos y complicados. Ahora mismo, en la Pista Estadio del Centro Nacional del Tenis —un altísimo hexágono<sup>[2]</sup> cuyos lados N, S, E y O tienen carteles exteriores que dicen: «LA USTA LES OFRECE EL OPEN DE ESTADOS UNIDOS DE 1995: ¡BIENVENIDOS!»—, ahora mismo un auténtico mar interior de gafas de sol y gorras se eleva en la Pista Estadio para aplaudir mientras Pete Sampras y el australiano Mark Philippoussis salen a la pista, a la hora señalada, para combatir. Los dos salen con sus bolsas de deporte de colores vivos y acompañados por sus malcarados guardaespaldas del servicio de Seguridad. La acústica de los aplausos es ensordecadora. Desde aquí abajo, cerca de la pista, si uno levanta la vista, el Estadio parece tener forma de enorme pastel de bodas, y en cuanto uno rebasa las laderas más suaves que son los palcos, las gradas de aluminio parecen ascender por todos los lados de forma casi vertical, tan vertiginosamente abruptas que da la impresión de que un solo paso en falso en alguna de la escalinatas superiores equivaldría a una muerte segura y espantosa. El árbitro se sienta en lo que parece ser una silla de socorrista provista de pequeños estribos delanteros de metal para poner los pies,<sup>[3]</sup> provisto de micrófono de

diadema y gafas Ray-Ban y de algo en la mano que o bien es una tablilla sujetapapeles o bien un ordenador portátil. La pista de superficie dura DecoTurf es un rectángulo verdoso delimitado por la bien conocida configuración de líneas muy blancas inscritas en un rectángulo verdoso mayor. Y mientras los jugadores cruzan la pista de este a oeste en dirección a sus sillas de lona, los fotógrafos y los cámaras convergen y se apiñan a su alrededor como moscas apiñándose en torno a lo que les gusta a las moscas; los jugadores no les hacen ni caso de esa forma en que sólo la gente muy acostumbrada a las cámaras es capaz de no hacerles ni caso. El público sigue de pie y aplaudiendo, una masa de color pastel de más de veinte mil personas. A tres butacas de distancia de mí hay una mujer con sombrero de paja blando charlando por el teléfono móvil; el hombre que tiene al lado está intentando aplaudir mientras sostiene un paquete de palomitas y no para de perder palomitas por el lado de estribor del palco. Los marcadores que hay en los bordes N y S del Estadio están emitiendo anuncios puntillistas de neón de EVIAN. Sampras, con su mala postura y su pecho estrecho, sonriendo tímidamente hacia el suelo, con los pantalones cortos de color azul pastel ondeándole en torno a las rodillas, tiene un poco de pinta de niño vestido con la ropa de su padre.<sup>[4]</sup> A Philippoussis, que realmente es un niño en el sentido cronológico, se lo ve colosal y hecho de esteroides cuando camina junto a Sampras. Philippoussis mide metro noventa y cuatro, pesa noventa kilos y ahora está cruzando la pista con esas zancadas torcidas hacia dentro que dan los tipos corpulentos cuando intentan no caminar pesadamente, vestido con una de esas camisetas Fila a rayas rojas y blancas que les gusta llevar a muchos jóvenes australianos. El sol de media tarde está en las alturas O-SO, en medio de un cielo tan límpido que casi se oye la combustión del sol, y las cabecitas diminutas de los espectadores situados en lo más alto de las gradas del O se encuentran tan cerca del borde inferior redondo del sol

que dan la sensación de estar a punto de inflamarse. Los jugadores dejan caer las bolsas alargadas y empiezan a hurgar en ellas. Sus raquetas vienen en precintos de plástico que ahora les toca abrir. Se sientan en sus sillitas, mirando juntos las facetas de sus raquetas e inclinando las cabezas para escuchar sus instrucciones. Las cámaras que los rodean se dispersan cuando lo ordena el árbitro, algunos de ellos seguidos de estelas de cable. Los recogepelotas recogen trocitos de envoltorio de raqueta de debajo de las sillas de los jugadores.

Una mujer que se desplaza profesionalmente de lado por delante de los asientos de la fila que queda justo debajo de la mía lleva una camiseta que aconseja a todos los espectadores que tienen que Jugar Duro porque la Vida es Corta. El hombre que va cogido de su brazo lleva una camiseta (demasiado grande) de diseño exclusivo con imágenes de papel moneda americano. Un ujier firme/agradable los detiene en mitad de la fila para comprobar sus entradas. Hoy hay mil quinientos ciudadanos del municipio de Queens empleados en el Open de Estados Unidos. Trabajo de fin de semana. Los ujieres montan guardia junto a sus gruesas cadenas desplegadas de lado a lado de los túneles de la Pista Estadio, todos con pantalones de lona y camisas de botones. Los tipos de Seguridad (todos hombres corpulentos, sin un solo cuello o sonrisa a la vista) llevan camisas de punto de color amarillo limón que no les disimulan precisamente la panza. El chicle en la boca parece formar parte del equipamiento estándar del personal de Seguridad. Los recogepelotas<sup>[5]</sup> llevan ropa Fila azul y blanca, mientras que los jueces de línea y árbitros llevan unas camisas de rayas verticales negras y rojas que les dan pinta de jueces muy molones de deporte de élite. Se supone que la Pista Estadio tiene capacidad para 20 000 personas y aquí hay por lo menos 23 000, la mayoría venidos para ver a Pete. Si hubiera vigas habría gente colgando de ellas, y muy asombrado me quedaré si antes de que se acabe el partido no

se produce ningún desastre como que alguien se caiga entre gritos por las escaleras o se despeñe por el borde del muro. El público que está aquí abajo en las inmediaciones de la pista tiene en su mayor parte un aspecto adulto y concentrado: en los palcos y en las gradas inferiores más caras se ven corbatas, mocasines sin calcetines, pantalones de tela elegantones, jerséis con las mangas atadas sobre el pecho, canotiers de paja, gorras de pescador de L. L. Bean, gorras blancas con marcas estampadas, tops enjoyados, tacones altos y resplandecientes sombreros femeninos de ala ancha; luego las indumentarias se van informalizando de forma muy gradual a medida que la supervisión estilística viaja hacia arriba (más y más) por los asientos cada vez más baratos, hasta encontrar en las secciones vertiginosamente altas de las gradas las típicas camisetas de rejilla, gorras con soportes para latas de cerveza, neveras y escupideras improvisadas habituales en los acontecimientos deportivos de Nueva York, los tops sin espalda, la laca de uñas fluorescente y las chanclas de goma, y por supuesto los correspondientes ruidos toscos de los espectadores neoyorquinos que a veces descienden de las alturas.<sup>[6]</sup> Parece ser, sin embargo, que más del cincuenta por ciento de las entradas del Open de este año fueron vendidas anticipadamente a empresas, a quienes les gusta usarlas para cultivar clientes así como para entretener a sus ejecutivos, y ciertamente el público de la parte baja del Estadio tiene un algo indefinible que evoca poderosamente matrículas de Connecticut y céspedes muy verdes. En resumen, el aura socioeconómica que impera aquí de cara al partido estrella de la jornada no es un aura de gente obrera sino de dirección corporativa.

Las sombrillas de los jugadores y sus sillas y sus enormes barriles de bebida con la palabra EVIAN estampada están a ambos lados de la silla del árbitro, en la base del acantilado oeste de la Pista Estadio, dentro de una sombra fina y alargada que ondula cuando se mueven las cabezas de la gente de arriba del todo, y en esa sombra se está

fresco: también estoy fresco yo, a la sombra del tipo muy corpulento que tengo al lado, vestido con un precioso traje de tres piezas de pana azul y tocado con lo que parece ser un enorme sombrero mexicano; la luz del sol, sin embargo, es veraniega, el sol (como ya he mencionado) es explosivo, y parece inflarse a medida que baja, a las 15.35, posicionado a unos 40° por encima de las almenas del lado O del Estadio; y la Pista Tribuna, anexa al flanco E de la Pista Estadio, está cortada por la bien conocida sombra que proyecta la Tribuna por la tarde y que Jim Courier está usando ahora mismo para destrozar a Kenneth Carlsen ante las miradas de la gente que está comiendo en el Racquets (el restaurante acristalado, de entrada imposible y construido en el muro que separa el flanco O de la Pista Tribuna del E de la Pista Estadio), y de los más de 6000 espectadores que hay allí, gran parte de cuyos silbidos y aplausos nacionalistas se cuelan en el redil sonoro de la Pista Estadio y le confieren una especie de banda sonora surrealmente incongruente a los raquetazos de calentamiento de Sampras y Philippoussis. Sampras le da a la pelota con esa economía despreocupada con que los auténticos profesionales de élite parecen calentarse, esa despreocupación serena de que hacen gala las criaturas que están en lo más alto de la cadena alimentaria. Dejando de lado la presencia del campeón de Wimbledon, esta tercera ronda presenta el romanticismo añadido de que en ella se enfrentan dos griegos, ninguno de los cuales es de hecho de Grecia, una especie de guerra del Peloponeso posmoderna. Philippoussis, que sólo tiene dieciocho años y es pareja de dobles de Patrick Rafter, ha entrado en el Top 100 en su primer año en el circuito, tiene potencial de superestrella y ya es un rompecorazones;<sup>[7]</sup> se parece un poco a Sampras —tiene el mismo revés con una sola mano y el mismo retroceso curvado del brazo para preparar el drive, la misma piel de color café con leche, cejas de Groucho y pelo muy negro que le reluce con el sudor —, pero el australiano es más lento de pies, y en contraste

con la extraña elegancia elástica de Sampras, parece casi torpón, peligrosamente corpulento, cuadrado de espaldas de esa forma en que es cuadrada de espaldas la gente que tiene problemas de columna. Además, parece tener problemas de agresividad sin resolver: le pega a la pelota todo lo fuerte que puede hasta en los calentamientos. Parece un bruto, el tal Philippoussis, un espartano, un especialista en tiros fuertes de fondo<sup>[8]</sup> grande, lento, mecánico y de mirada gélidamente maliciosa; y enfrentado a él, Sampras, que no es precisamente un especialista de globos altos, parece casi frágil, cerebral, poeta, al mismo tiempo sabio y triste, cansado de esa forma en que sólo se cansan las democracias, con una expresión cargada de la misma melancolía extraña post-Wimbledon que lo lleva agobiando todo el verano a su paso por Montreal, Cincinnati, etcétera. Con permiso del épico partido de 2-6 6-2 4-6 6-3 7-6 (7-5) que ganó Thomas Enqvist en la primera ronda contra Marcelo Ríos, y de la agónica victoria de Agassi en segunda ronda contra Corretja, resulta tentador considerar este partido que estamos a punto de presenciar como el clímax de lo que llevamos de Open: dos rivales étnicamente emparentados y arquetípicamente enfrentados, una oposición no sólo de estilos de juego sino también de orientaciones fundamentales hacia la vida, la imaginación, los usos del poder... además, claro, de los intereses económicos.

Los cuatro muros que rodean la Pista del Estadio están cubiertas de una especie de lona de color azul cloro,<sup>[9]</sup> y en ella, rodeando a la pista, se pueden leer en letras blancas los nombres propios FUJIFILM, REVISTA REDBOOK, MASS-MUTUAL, LA USTA LES OFRECE EL OPEN DE ESTADOS UNIDOS 95, CAFÉ DE COLOMBIA (que viene con un contorno tramado de Juan Valdez y su fiel burro), INFINITI, TAMPAX y demás.<sup>[10]</sup> Siempre se dice que el tenis profesional es un deporte internacional, pero sería más preciso llamarlo un deporte *multinacional*: hablando en términos fis-



cales, existe principalmente como subdivisión de *marketing* de una serie de corporaciones enormes, y no sólo de los gigantescos conglomerados que financian el circuito como IBM o Virginia Slims. El núcleo duro de los ingresos de la mayoría de jugadores profesionales viene de las marcas patrocinadoras. Absolutamente todos los locales y artículos de equipamiento asociados con los torneos profesionales llevan alguna clase de anuncio. Hasta los nombres oficiales de la mayoría de torneos profesionales ya son nombres de empresas que han pujado para ser su «patrocinador titular»: el Open de Canadá de este año era el «Open Du Maurier Ltd.» (nombre de una empresa tabacalera canadiense), mientras que el de Munich era el «Open BMW», el de New Haven era el «Internacional Volvo» (el año que viene será el «Internacional Pilot Pen»), el de Cincinnati el «Campeonato ATP Thriftway», y etcétera. El Open de Estados Unidos,<sup>[11]</sup> como es un campeonato nacional y del Slam, no tiene un patrocinador titular, a diferencia de Munich o Montreal; sin embargo, en lugar de restarle comercialidad al torneo, su condición de Grand Slam únicamente hace que sea más mareante todavía la cantidad de subvenciones comerciales que recibe. El Open tiene un patrocinador oficial no sólo para el torneo en sí, sino también para cada uno de los diversos eventos individuales del torneo: Infiniti patrocina el trofeo masculino individual, Redbook el femenino, Mass-Mutual el juvenil masculino, y etcétera.<sup>[12]</sup>

El árbitro acaba de ordenar que empiece el partido y Sampras está listo para el saque, levantando la punta del pie adelantado con esa forma característica suya de tomar el impulso ascendente del saque. Es la primera vez que veo jugar en directo a Sampras y me doy cuenta de que es un atleta mucho más atractivo de lo que parece en televisión. No es especialmente alto ni musculoso, pero su servicio tiene un efecto casi wagneriano, y desde tan cerca se puede ver que es porque Sampras posee una combinación mágica

de flexibilidad y sincronización que le permite poner toda la espalda y el tronco en juego en el servicio —puede dar un latigazo con el cuerpo entero en vez de únicamente con la muñeca—, y que esto tiene algo que ver con la forma encorvada y como agachada con que inicia el movimiento del saque, levantando únicamente la punta del pie adelantado y usando la parte superior de la raqueta como punto de mira, como si estuviera manejando una ballesta, una serie de movimientos que por la tele resulta excéntrica y llena de tics, pero que en persona hace que su cuerpo entero parezca un enorme músculo alargado, una especie de anguila enfadada que se prepara para retorcerse. Philippoussis, a quien entre punto y punto le gusta hacer un bailecito sin moverse del sitio —tal vez para recordarse a sí mismo que puede moverse si le hace falta— espera el servicio con la cara completamente inexpresiva. La banda elástica del pelo le hace juego con la camisa de rayas. Ahora las pantallas de los marcadores ya no están puestas para emitir anuncios sino para seguir el resultado del partido. El nombre de Philippoussis se come una sección horizontal enorme de cada marcador. El muro que separa la Pista Estadio de la Pista Tribuna (o sea, a nuestro lado E) está rematado por el palco de la prensa, que discurre a lo largo de todo el muro y básicamente tiene pinta de ser la autocaravana más grande del mundo, con las persianas tintadas de los ventanales bajadas a modo de protección del sol de la tarde. Los primeros tres puntos son un ace, un punto de saque-devolución y un peloteo largo que termina cuando Philippoussis se acerca a la red para hacer un tiro que no va *del todo* exactamente a la esquina del revés, lo cual permite que Sampras arree una pelota en ángulo cerrado e increíblemente liftada que sobrepasa a su oponente para caer en la parte izquierda del cuadro de saque. La ferocidad del revés de Sampras es otra de las cosas que la tele no transmite bien, y su control de la cabeza de la raqueta se parece más bien a la de esos especialistas fornidos en tierra batida que tienen unos antebra-

zos como piernas de carnero asadas, y su efecto liftado es tan fuerte que distorsiona la forma de la pelota mientras el pase desciende en picado como algo que cae desde las alturas. El malévolo pero ciborgiano Philippoussis todavía no ha dejado escapar nada parecido a una expresión facial. Tampoco parece que transpire.<sup>[13]</sup> Dos tipos mayores sentados en la fila de detrás de la mía están exhortando a Sampras en voz baja, dirigiéndose a él como «Petey», y yo no puedo evitar pensar que son amigos de su familia o algo parecido. E instalado sobre el palco de prensa —y por tanto más o menos a la altura de una antena de emisora de radio— está el anuncio que hace el Open de Estados Unidos de sí mismo. Se trata de una impresión puntillista gigantesca en tonos pastel del público de la Pista Estadio del CNT desplegado alrededor de una pista de tenis también gigante, con la perspectiva grotescamente acortada, y con el famoso *skyline* de Manhattan elevándose justo detrás, pese al hecho de que decididamente no se ve nada parecido desde el verdadero Flushing, Queens; y luego, por encima y más allá del anuncio se encuentra ese enorme calabacín que es el dirigible de Fuji Inc., flotando lentamente sobre el trasfondo de color azul mar del que es con diferencia el mejor cielo estival que he visto nunca en la ciudad de Nueva York. En este fin de semana del Día del Trabajo no sólo no hay humedad en el aire y el termómetro ronda los treinta grados, sino que el aire está *limpio* y emite un olor agradable, intenso y dulce, como el olor de la ropa recién lavada y colgada a secar, resultado no sólo de un mes entero sin lluvia,<sup>[14]</sup> sino también del extraño frente de altas presiones que ha bajado este fin de semana trazando una espiral desde las capas altas de la atmósfera de Nueva Escocia y está empujando hacia Nueva Jersey los óxidos y los efluvios que le corresponderían a Nueva York. La bolsa de aire del Estadio se va despejando y enrareciendo a medida que sube uno por las gradas, hasta que, si uno se pone de pie

sobre la nevera Michelob que alguien ha entrado de extranjeris, en la hilera superior de la tribuna,<sup>[15]</sup> y se asoma por encima del muro en dirección este, más allá del borde del palco de prensa, justo encima del enorme letrero que dice

podrá ver cómo van llegando, Ellos, una enorme muchedumbre serpenteante, el público, todavía llegando a las 16.15, y desde esta altura parece que lo componga toda la población de la ciudad de Nueva York que todavía no se ha retirado a los Hampton para pasar el fin de semana largo de verano. El Open de Estados Unidos es muy importante para Nueva York. Dinkins ya no es alcalde —aquel Dinkins que solía cambiar las rutas de aterrizaje del aeropuerto sólo para el Open—, pero incluso con Rudy Giuliani, una ciudad a la que normalmente le importaría dos pimientos un deporte tan patricio y carente de contacto físico como el tenis se mete durante dos semanas en ese deporte hasta las cejas. En el Bowery Bar, un grupo de arbitrajistas bursátiles treintañeros disecciona varios partidos masculinos y especula acerca de cómo la retirada temporal de Seles va a afectar a sus contratos de patrocinio comercial ahora que ha vuelto. Los porteros croatas se lamentan de la eliminación prematura de Ivanisevic. En el metro, un grupo de chicas duras vestidas de cuero y con el pelo fluorescente se muestran de acuerdo en que aunque Graf y Seles y la española esa que se apellida «himen» no sé qué<sup>[16]</sup> son las mejores, no hay que descartar ni por un milisegundo a la americana Zina G., porque este es su canto del cisne antes de su más que probable retirada. O, por ejemplo, el viernes 1 de septiembre, el día después de la venganza en cinco sets que se cobró Agassi contra Corretja, un conductor libanés del autobús de la Grey Line procedente de La Guardia y un viejo pasajero con un puro apagado en boca que no se conocían de nada hicieron migas gracias a sus valoraciones coincidentes de la rehabilitación de Agassi como hombre:

—Antes era un puñetero mocoso arrogante, me entiende usted, ¿verdad?

—Lo que está usted diciendo es que ha crecido. Ahora tiene pelotas.

—Anoche jugó un partido magnífico. Eso estoy diciendo.

—Antes no era más que un melenudo. Ahora ha crecido. Ahora es una *persona*.<sup>[17]</sup>

En suma, están viniendo, ayer 40 000 y hoy 41 000, dispuestos a apoquinar entre 25 y 30 dólares por entrada, y eso si pueden conseguirla.<sup>[18]</sup> Vienen a bordo del infernal y estigio metro de la IRT hasta el final de la línea 7, bajándose en la parada de Shea-Willets. Convergen en el NE de Queens procedentes de las autopistas Van Wyck, Long Island y Whitestone, de la Interborough, la Grand Central Parkway y la Cross Bay, trayendo un buen pellizco en metálico y cualquier medalla religiosa que ayude a encontrar plaza de aparcamiento. Los moradores de la ciudad se desplazan en limusina, taxi o autobús por los cañones vacíos de Manhattan, rumbo a la calle Treinta y seis y el Túnel o bien a la Cincuenta y nueve y el puente de Queensborough, y luego viajan durante una eternidad<sup>[19]</sup> por el Bulevar Norte, trayendo neveras y mantas y raquetas y cojines para sentarse que tienen estampadas las palabras GIANTS y JETS y filtro solar y gorras de recuerdo del Open del año pasado, todos por el Bulevar Norte, bajo el tráfico aéreo circular, hasta que empiezan a aparecer las construcciones señeras: el redondel achaparrado de color azul-neutrón del cercano Shea Stadium; el enorme astrolabio de acero y la torre con forma de juego de construcción infantil de la Exposición Universal del 39 que hay anexos al Centro Nacional del Tenis del Flushing Meadow Corona Park;<sup>[20]</sup> o bien (en el caso de quienes vienen del S-SW) el gigantesco exoesqueleto de un nuevo complejo de pistas del CNT, incompleto y profundamente extraño desde la perspectiva de la Grand Cen-

tral Parkway, una enorme caja torácica desnuda que se eleva sobre campos de tierra sin pavimentar y solares caóticos en obras y los vertederos de la New Style Waste Disposal Co., con tres enormes grúas inclinadas e inmóvilmente erigidas sobre el trasfondo del horizonte septentrional. Durante este fin de semana del Día del Trabajo, en el nuevo complejo no hay nadie más trabajando que un par de empleados de seguridad tristemente aburridos que patrullan con cascos de obra por dentro de la verja del solar.

La Entrada Principal del CNT está en el lado NE del recinto, conectada con la parada del metro de la línea 7 y con los aparcamientos por medio de un ancho paseo asfaltado que lleva desde las estaciones residenciales hacia el sur, pasando frente a las oficinas de los cuidadores del parque y junto a un par de plazas comunitarias abiertas y circulares —la clase de enclaves urbanos que parece que deberían tener fuentes en el centro, pero éstas no las tienen—, provistas de bancos de color verde, complejas maniobras de monopatines y siniestros comercios subterráneos. En un momento dado, el paseo traza una curva abrupta hacia el oeste que permite a las multitudes caminantes del Open ver a los visitantes del FMC Park enfrascados en sus pícnicos y partidos de fútbol (a fin de cuentas, «meadow» quiere decir «pradera»); la recta final del paseo asfaltado está flanqueada de vallas altas coronadas por banderas de todas las naciones a medida que se acerca a las líneas paralelas que señalan el acceso a la Entrada Principal del torneo, una entrada que cuenta también con vallas de hierro negro y tiene un aspecto de infranqueabilidad casi medieval y está coronada por banderas exclusivamente americanas, con el ya familiar letrero de bienvenida y autoafirmación de la USTA y el Open estampado en rotundas y chillonas mayúsculas de 160 puntos sobre una pancarta que cuelga encima de los tornos, unos tornos de los que hay un total de seis pero nunca funcionan más de tres simultáneamente. Los tornos son únicamente para la gente que ya tiene entrada:<sup>[21]</sup> la

cola de longitud digna del Bloque del Este que se forma por las mañanas para comprar entradas ante las taquillas se evapora todos los días sobre las once, cuando los severos mensajes de la megafonía anuncian que se han agotado las entradas del día.

Además de la Pista Estadio y la Pista Tribuna, en el CNT hay otras tres «pistas de exhibición», es decir, pistas que tienen un porrazo de gradas. A las 16.40, la Pista 16 es el escenario del torneo de dobles masculinos con Eltingh-Haarhuis, la pareja número 1 mundial, y su pequeña cuña de gradas de aluminio ni siquiera está llena. Los aficionados americanos al tenis parecen preferir decididamente los torneos individuales. En la Pista 17 están Korda y Kulti contra el Loco de las Bahamas, Mark Knowles<sup>[22]</sup> y su pareja de este año, Daniel Nestor, el canadiense al que resulta divertido mirar por lo mucho que se parece a Mick Jagger con anorexia.<sup>[23]</sup> En la pista 18 hay partido de dobles femenino con cuatro jugadoras cuyos nombres no me suenan de nada y exactamente treinta y una personas en las gradas. (Las cuatro jugadoras de la 18 tienen los antebrazos más grandes que los míos). Natasha Zvereva, a quien parece que le falte algo cuando no está con Gigi, se está calentando para enfrentarse a Amy Frazier en la Pista Tribuna. En la Pista Estadio, Philippoussis y Sampras han ganado cada uno un set, 6 a 5. Los sonidos que salen de la Pista Estadio cuando se está jugando un partido importante son breves estallidos de aplausos y silbidos que sacuden los puntales, seguidos por la extraña voz amplificadora y monótona del árbitro hablando en medio del silencio abrupto que crean sus palabras. El apellido de Daniel Nestor, aunque también helénico, es homérico,<sup>[24]</sup> y por tanto alude a una confrontación bélica muy anterior a la de Atenas contra Esparta. El hecho de que Sampras haya ganado tantos títulos del